

eso, a una interpretación sesgadamente feliz de lo que querríamos ser. Salimos fuera. Sigue nevando. La ciudad está a oscuras y esa situación es terrible, no por la temperatura ni por la falta de luz, sino por la sensación de que la oscuridad es inacabable. Todo tiene un final menos esta noche, este acto, este plano secuencia en apariencia interminable. La oscuridad crónica está aquí para quedarse y es fácil sucumbir al pánico. Hay que tratar de entender que es algo meteorológico cuando no lo es. Así vamos hacia el Variant rojo, cuidándonos del hielo, de los arriates, de la pérgola sobrecargada de nieve. En ese momento, medimos la felicidad como una expectativa en la que ya no hay lucha, ni contienda, solo un equilibrio sostenido y, por qué no decirlo, resignado. Es legítimo imaginar una ancianidad sin sobresaltos. La batería está nueva, así que no hay riesgo de que no arranque. El coche comienza a caldearse de inmediato y los cristales se desempañan.

Por la avenida Dramsveien apenas si transitan media docena de personas, todas ellas entrando en el supermercado, en la lavandería, ensimismadas, esculpidas por el frío. Pasear con un fantasma tiene eso, que nadie repara, que nadie se da la vuelta para extrañarse; a nadie le choca que tu mujer muriera hace cuatro semanas y tu estés ahí, con una sustituta que, sin tú saberlo, es la misma. Te han dado el cambiazo. No es exactamente una estafa, solo otra representación entre lo que eres y lo que debieras ser, un esclavo de lo que dejamos atrás y esperamos del futuro. Miras la calle oscura y te muestras terriblemente indiferente. Todo pasa con lentitud a ambos lados del auto, como un decorado de atrezo, los depósitos de la depuradora, la fábrica de papel, la últimas luces de Dramsveien,

las casitas, la glorieta enterrada por el blanco, las alcantarillas humeando, las bocas de riego, el chasquido de los semáforos que se abren a tu paso en la confluencia de las calles, las tiendas de los turcos, las lavanderías, el túnel, las licorerías abiertas, la cabina desmantelada por los chicos del barrio, la comisaría, las luces en la planta sexta del UNN donde el perfil de un enfermo, quizá condenado a muerte, observa la calle. Todo está impregnado de esa lentitud desconfiada a través de la que Liv y tú os desplazáis. Hay lugares en el mundo, lugares distintos e indiscutiblemente separados. Un domingo por la tarde, un primer lunes de mes son lugares diametralmente opuestos, paisajes con sus chaflanes y sus palacios, con sus chabolas y sus sórdidos tropes de trabajadores, con sus inmundos mercadillos y sus dédalos de silencio. Todo es igual, o solo parcialmente distinto. Al final solo quedamos Liv y yo en medio de todo ese desconcierto, de esa hostilidad paralizada por el frío. Tú, yo y el tumulto. Pero no te lo digo, no te lo voy a decir, es parte de esta estrategia de derribos que mantenemos, de colocar al oponente en una situación desventajosa. Jamás suplicar ni pedir ayuda, jamás mostrar un punto vulnerable. Y, como si leyera mi pensamiento, Liv pone su mano sobre mi rodilla y dice:

—Tranquilo, vamos para allá.

La miro y por un momento la veo sonreír y quizá, solo quizá, un quizá mínimo y terriblemente pueril, se abre paso la idea de que cada vez soy más como Øyvind Borchgrevink.